PUEBLO Y ESTADO

DISCURSO

Pronunciado por Jorge González, Jefe del Movimiento Nacional-Socialista de Chile, a su salida de la Cárcel, el 12 de Enero de 1936, en el Teatro Carrera de Santiago

---

SANTIAGO DE CHILE
IMP. Y LIT. "ANTARES'
San Francisco 347

1936

La disyuntiva de la historia

Las colectividades humanas, en su desarrollo milenario, se han agrupado siempre en dos posiciones: unas, que son sujetos de la historia, y otras, que son simples objetos de ella. Las primeras son las que hacen la historia son aquellas que dirigen los destinos de los pueblos; son las que han legado por centurias y milenios sus actos heroicos, sus descubrimientos científicos, sus esfuerzos en pro del mejoramiento general. Las segundas, es decir, las colectividades que son simples objetos de la historia, sólo constituyen el botín de las primeras.

En el desenvolvimiento de la humanidad, ambos grupos han recorrido caminos paralelos, cuya trayectoria persiste en la actualidad y continuará subsistiendo en el porvenir. De aquí que la primera preocupación de toda colectividad que desee figurar en la historia, deba ser la de resolver el problema interno de si ella desea encauzar y dirigir la historia, o si se resigna a ser un simple botín en el desarrollo de los acontecimientos.

Pueblo y Estado

¿Qué requiere una colectividad para ser sujeto de la historia?

Requiere que en ella exista un pueblo y un Estado.

No todos los conglomerados humanos pueden calificarse como pueblo; la mayoría de ellos no son tales, sino que constituyen simples hacinamientos de seres vivientes. Porque un pueblo no es sólo un conjunto de individuos, sino una amalgama de sangre y de historia.

Para que pueda hablarse de la existencia de un pueblo, se requiere que sus elementos componentes estén unidos por sangre común y por una historia común, y que sus miembros palpiten al unísono bajo los mismos sentimientos y anhelos. Sólo los conglomerados que están en situación de presentar esta comunidad de sangre y de historia, se elevan a la categoría de pueblos.

Pero el pueblo, por sí solo, no basta para constituir una nación. Es necesario, además, que en armonía con él marche el Estado, que es la herramienta política con que el pueblo realiza su destino. El Estado debe saber dar forma a las ansias y a los anhelos de progreso y de poder del pueblo, mediante la estructuración política del mismo de acuerdo con las exigencias de la época en que le corresponde actuar y con las necesidades colectivas que esa época imponga.

Sólo un entrelazamiento muy firme y estrecho del pueblo con el Estado produce esa entidad superior que se denomina nación, y que es la que conduce a las colectividades a la dignificación y al triunfo en las lides de la historia.

El caso de Chile

Analicemos, ahora, la posición de Chile frente a estos dos coneptos de pueblo y Estado.

En 1810 cuando Chile surgió a la vida independiente, la colectividad humana que poblaba nuestra tierra era indudablemente un pueblo. Había en ella una raza unida y homogénea, formada por la fusión a través de tres siglos, de la raza aborígen araucana y de la raza con, quistadora española.

Pero, en las primeras décadas de la Independencia, el pueblo chileno se encontró sin un Estado que le diera vida y forma propia. Surgieron, por eso, los dictadores y caudillos, como Carrera, O'Higgins, Freire y tantos otros, que se disputaron enconadamente el poder, sin conseguir estabilizarlo.

No pudo, pues, el pueblo chileno, en esos primeros años de Independencia, adquirir los contornos de una nación, porque careció del Estado, es decir, de la organización política que fuera capaz de darle esos contornos.

Epoca Portaliana

Por felicidad para nuestra tierra, surgió en 1830 don Diego Portales, el estadista que con mirada de águila comprendió todo el inmenso partido que se podía sacar de este pueblo de pasta magnífica, si se le dotaba de un Estado que interpretara fielmente sus necesidades y anhelos, y que fuera capaz de encauzarlo por la vía del triunfo para transformarlo en el guía de los pueblos de la América española.

Portales, con férrea voluntad, con talento superior y con indomable energía logró su objetivo después de ardua lucha, en la que hubo de dejar su propia vida.

Gracias a este esfuerzo sublime, coronado por el sacrificio del hombre que lo había realizado, Chile pudo transformarse, durante casi un siglo, en la nación más progresista de la América Hispana, para cuyos pueblos pasó a ser un modelo y ejemplo por la virtud de sus gobernantes y la laboriosidad de sus hombres.

En el período comprendido entre 1830 y 1891, Chile escribió las páginas más brillantes de su historia, no sólo en glorias militares, sino que en todas las actividades del trabajo humano. Jamás los chilenos hemos meditado lo suficiente sobre el significado de esos sesenta años de nuestra historia; jamás hemos observado que la magnífica trayectoria de estabilidad y desenvolvimiento políticos que durante ellos siguió la patria chilena, sólo fué superada, en el siglo pasado, por Inglaterra y los Estados Unidos. En este período de oro de la historia de Chile, la colectividad nacional estuvo en su forma perfecta, porque el pueblo, con su sangre y su espíritu, se unió a un Estado que pudo escoger sus dirigentes entre una aristocracia dotada de las mas excelsas virtudes y calidades morales e intelectuales.

Pero, sobrevino la revolución de 1891. El espíritu liberal, que paulatinamente se había infiltrado en la vieja aristocracia portaliana, terminó por dominarla y disolverla. El triunfo obtenido en la guerra del 79 significó la perdición de la nación chilena, pues ese triunfo, al darnos los millones de la industria salitrera, hizo que la aristocracia tradicional abandonara su austeridad y sus virtudes, las que trocó por el ansia infinita de poseer montañas de dinero. Se presentó entonces para esa aristocracia dominada por el afan de lucro, el problema de que el espíritu de Portales que imperaba en el Estado chileno, se oponía a

que dicho Estado fuera envilecido por las potencias del dinero. Y ante tal resistencia, no le cupo a la aristocracia otro recurso, que el de destruir violentamente aquel Estado, a fin de poder dar amplia satisfacción a sus ansias de botín.

Esta lucha violenta entre la vieja aristocracia plutocratizada y el Estado portaliano, tuvo su trágico desenlace en los campos de batalla de Concón y Placilla Allí el Estado de Portales quedó destruído violentamente, para dar paso al Gobierno de una oligarquía partidista dominada por las ansias de riquezas.

Desde el día mismo en que el Presidente Balmaceda, último representante del viejo espíritu de Portales, selló con su muerte el triunfo de la revolución, Chile dejó de estar en forma, dejó de ser una nación. El Estado se divorció del pueblo y el mando del país, que había permanecido durante sesenta años en mano, de sus hombres más ilustres y virtuosos, pasó al poder inconsciente de las asambleas políticas. El Presidente de la República y sus Ministros constituyeron, desde entonces, simples instrumentos del Congreso, el que, a su vez, no pasó a ser más que un instrumento del capitalismo nacional e internacional.

No quiero, con esto, significar, que entre 1891 y 1920 no hayan llegado a la Presidencia de la Repúblíca y a desempeñar los cargos ministeriales hombres rectos, probos, patriotas y bien inspirados; pero puedo afirmar que esos hombres fueron absorbidos y dominados por la fuerza del dinero, por cuanto no era ya una aristocracia austera y virtuosa la que inspiraba sus actos, sino que una plutocracia ávida de lucro y de placeres.

Este divorcio del Estado y el pueblo, produjo, con el correr de los años, como natural consecuencia, la destrucción del pueblo chileno. Perdidas sus formas políticas tradicionales, las fuerzas morales internas que daban vigor y consistencia a ese pueblo, se disgregaron; éste se encontró cada vez más débil e indefenso, cada vez más desamparado de una tuición política eficaz, corrompido por la infiltración cada vez más audaz del dinero en sus capas dirigentes y el veneno del marxismo internacional en sus capas proletarias.

Epoca «corneliana»

La destrucción del Estado tradicional operada en 1891, terminó, pues, con llevar a la destrucción y a la ruina a toda la nación chilena. Esta destrucción culminó en el período 1920 24, en que quedaron sepultados los últimos restos del Chile tradicional. Desde entonces, la nación ha sido reemplazada por una masa anarquizada y sin alma, gobernada por el capricho de algunos caudillos. Se ha perdido en el conjunto nacional toda continuidad histórica, toda idea orgánica, toda finalidad de existencia. No es ya una nación la que vive sobre esta tierra, sino que un hacinamiento de individuos sin Dios ni ley, que se disputan con violencia sin igual los restos materiales de la nación. Es ésta la que los nacistas hemos denominado la época «corneliana» de Chile.

Las fuerzas armadas, últimas depositarias de las viejas tradiciones, quisieron reconstituir, en un desesperado esfuerzo, el Estado de Portales, fuerte y austero. Pero, aunque inspiradas en los mejores y más nobles propósitos, carecían de experiencia política, por lo que fatalmen-

te sus esfuerzos hubieron de estrellarse contra la acción politiquera y desquiciadora de las bandas partidistas. Todos sus sanos propósitos de dar al país un gobierno inspirado en los tradicionales principios de honestidad y rectitud política y que estuviera al compás con la nueva mentalidad social y económica de la época, se estrellaron contra el muro insalvable de los intereses creados en torno de los partidos y su obra de compadrazgos y componendas.

El período de Ibañez fué, indudablemente, de un extraordinario progreso material para el país, pero faltó en él una concepción clara de la tarea de reconstrucción espiritual por realizar. Ibáñez quiso reconstituir el Estado, pero olvidó que al mismo tiempo era necesario reconstituir el pueblo. A esto se debió su fracaso y el que después de su caída el país haya continuado por el despeñadero.

Nuestra misión actual

He hecho esta breve exposición, porque deseo que el pueblo chileno comprenda que su misión actual es mucho más difícil de lo que por lo general se cree. No se trata de modificar un programa o de cambiar un partido por otro en el poder, sino que la tarea de esta hora es de reconstitución de toda la nación: reconstitución del pueblo chileno y reconstitución del Estado chileno. Tarea árdua, horriblemente ardua y que, aunque parezca jactancia el decirlo, será por muchos conceptos superior a la que llevó a cabo Portales.

Portales, en 1830, tuvo a su disposición un pueblo y sobre todo, una magnífica aristocracia, de modo que su labor se limitó a dar vida a un Estado para dirigir a aquel pueblo. Hoy, en cambio, falla el pueblo y falla el Estado. El pueblo de otros tiempos se ha transformado en una masa de harapos materiales abajo y de harapos espirituales arriba. Hoy carecemos en Chile de una aristocracia selecta, consciente de su misión y de sus deberes; en su lugar sólo existe una plutocracia sórdida y corrompida, dominada por una insaciable sed de lucro y cuyos hàbitos depravados de vida constituyen la mejor demostración de cómo el comunismo ha penetrado en el corazón de la sociedad chilena.

Una nueva aristócracia

Por lo tanto, la primera tarea de esta hora, consiste en crear una nueva aristocracia, que con su capacidad y sus virtudes esté en condiciones de imprimir al país los rumbos de honestidad y de justicia social que tanto anhela.

A esta tarea se ha entregado con cuerpo y alma el Nacismo. Sus uniformes, insignias y banderas, constituyen los símbolos del misticismo fervoroso que se arraiga en el corazón de nuestros hombres; son ellos el emblema de las virtudes de esa nueva aristocracia en formación, virtudes que tienen por base el amor al trabajo, el espíritu de sacrificio, la honestidad en todos los actos de la vida y el mas excelso patriotismo.

Cuando observo en la calle algunas sonrisas irónicas al paso de nuestros hombres que lucen sus uniformes, no puedo sino compadecer a los desgraciados que no alcanzan a comprender el inmenso significado de esta exterioridad. Esta camisa de tocuyo, que hace igual a ricos y

pobres, a caballeros y rotos, es el símbolo de la futura aristocracia de Chile, de esa aristocracia de nuevo cuño formada por el talento, el trabajo, la honradez y la justicia. Este uniforme dignifica al hombre que lo lleva, lo hace superarse a sí mismo, lo impulsa a afrontar estoicamente los más grandes renunciamientos y sacrificios.

¡Yo os aseguro que Pablo Acuña no hubiera sabido caer como un valiente, si su espíritu no hubiese estado empapado en el noble símbolo de su uniforme glorioso.»

Un nuevo Estado

En seguida de estructurar de nuevo al pueblo, devolviéndole sus antiguas virtudes, se hace necesario forjar el nuevo Estado chileno para que ambos, en común labor, reconstruyan la nación chilena.

Ese nuevo Estado deberá estar inspirado en los tradicionales principios del Estado portaliano.

Reimpondremos, por lo tanto, los nacistas, el dominio del Estado sobre el dinero y el sometimiento severo del pueblo a la acción gubernativa. Daremos a las masas populares los mejores hombres para su gobierno; restauraremos en el poder el principio de mando, según el cual son los gobernantes los que dirigen al pueblo, en oposición a las actuales prácticas, en que el gobierno del país está sometido al caudillaje anónimo e ignorante de las asambleas.

Pero junto con imponer el principio de mando, impondremos también la más amplia responsabilidad de los gobernantes, pues no queremos que lleguen a la Moneda Ministros que impartan órdenes torpes y absurdas, y que en seguida se escuden en los carabineros para eludir sus responsabilidades.

Estado fuerte

Se afirma que este concepto del gobierno constituye el endiosamiento de las dictaduras; que él significa robar al pueblo sus derechos inalienables. A ello contestamos los nacistas que, en la hora actual, el pueblo no tiene derechos, sino sólo deberes. El individuo por sí mismo no significa nada, pues sólo los pueblos organizados, que laboran esforzadamente y estrechamente unidos bajo la dirección de un Estado fuerte y capaz, que interpreta honradamente sus necesidades y anhelos, se elevan a la categoría de naciones vigorosas, con derecho a tener un lugar destacado en la historia.

Son los gobernantes y no las asambleas los que hacen la historia de los pueblos. Son ellos los que deben saber cumplir en todo momento con sus deberes y asumir la responsabilidad por sus actos hasta los más extremos sacrificios, si las circunstancias así lo requieren. Son ellos los que deben ser los primeros «servidores del Estado».

Dentro del gobierno Nacista, ser Jefe significa, en primer lugar, servir al Estado con su ejemplo y sacrificio, para así estar en el derecho de poder imponer este sacrificio a todos sus subordinados.

Y debe también él Jefe saber despersonalizar su acción. A este respecto declaro aquí que yo consideraría totalmente fracasada mi obra, si, después de llegar al poder, me formara el convencimiento de que la maravillosa tarea que desde allí realizaremos, fuera a caer derribada el día en que el Jefe desapareciese. Nuestra gran aspiración es forjar una

tradición con nuestros actos; es constituir un Estado en que el que gobierne sea el Gobierno y en que el pueblo respete al Gobierno por el sólo hecho de ser tal y sin consideración a la persona que accidentalmente desempeñe el mando.

De allí que el cargo más injusto que pueda hacérsenos, sea el de que queramos implantar una dictadura. Lo que perseguimos los nacistas es estructurar de nuevo a la nación, constituyendo un pueblo espiritualmente fuerte, sobre la base de nuestra tradición centenaria, y un Estado también fuerte que palpite al unísono con ese pueblo.

Sólo mediante la reconstrucción de estas bases previas, le será posible al país volver a encontrar sus grandes derroteros, volver a ser sujeto de la historia, como lo fué en el siglo pasado.

Bases de acción política

Dentro de la concepción nacista de la política, lo fundamental para obtener el triunfo es disponer de un pueblo organizado y dotado de una sólida base espiritual, y de un Estado dirigente, que comprenda y sepa satisfacer las necesidades y aspiraciones de ese pueblo. Lo secundario, son los programas de realizaciones inmediatas, por cuanto, existiendo ese Estado y ese Pueblo, es seguro que la Nación sabrá encontrar su camino.

Pero como es necesario tener una concepción clara y precisa de la labor por realizar, también el Nacismo dispone, si no de un programa rígido al estilo de los partidos liberales, por lo menos de líneas directrices de su acción política, económica, social y espiritual.

Organización corporativa

En materia política, el Nacismo establecerá el Estado Corporativo. La fuerza política del país será estructurada sobre la base de la producción y el trabajo. Las corporaciones, organizadas en concordancia con las diversas actividades nacionales, reemplazarán, como fuerzas políticas, esas masas informes e ineptas que se denominan partidos.

Las corporaciones serán las verdaderas inspiradoras de la acción gubernativa. Ellas estudiarán técnicamente los diversos problemas nacionales y darán al Gobierno los medios necesarios para transformar en realidad esos estudios.

Las corporaciones serán las herramientas con que el Estado Nacista realizará prácticamente su labor de progreso colectivo.

Depuración económica

Las bases de la economía nacional serán radicalmente modificadas. El concepto de lucro que impera actualmente en ella, será reemplazado por el de función social, en cuya virtud el interés colectivo deberá predominar siempre sobre el particular.

Actualmente es el dinero el que manda e impone sus exigencias a la colectividad y al propio Estado. Bajo el Estado Nacista, el dinero deberá volver a su función natural de colaborador en el desarrollo de la economía en lugar de su actual papel de estrangulador de ella.

En la lucha entre los grandes intereses nacionales y el interés particular de los potentados del dinero, el Estado fuerte y genuinamente aristocrático del Nacismo, impondrá el predominio sin contrapeso de los primeros sobre el segundo. No habrá, por lo tanto, bajo su égida, «magos financieros» al servicio del imperialismo extraño, sino que habrá sólo estadistas al estilo de Portales y Balmaceda, dispuestos, si es necesario, a morir por defender la causa de la patria.

La propiedad, función social

En materia de propiedad, el Nacismo reconoce este derecho, que es tan inalienable para el hombre como la sangre que corre por sus venas.

Pero la propiedad, junto con tener derechos, impone pesados deberes. En consecuencia, la propiedad será ampliamente amparada y defendida bajo el Estado Nacista, siempre que su explotación redunde en beneficio de la colectividad. Ella existe, no para estrujar al débil, sino que para ayudar a prosperar a toda la nación.

Cada ciudadano en condiciones de trabajar, debe tener opción a poseer un pedazo de tierra, por lo que una de las preocupaciones primordiales del Nacismo, será fomentar la más amplia extensión del dominio de la tierra, principalmente entre las clases más menesterosas.

La agricultura, la industria y el comercio recibirán un formidable impulso bajo la acción del nuevo Estado, pero les será exigido que colaboren estrechamente en beneficio de la grandeza nacional.

No se permitirá, por lo tanto, a estas actividades, que especulen con la miseria del pueblo y que paguen salarios de hambre a sus obreros y empleados. El productor tendrá derecho a sus legítimas ganancias, pero no se considerarán tales aquellas que se obtengan a costa de la miseria de las masas obreras y campesinas.

Misión de las clases sociales

En materia social, ya he dicho que el Nacismo formará una nueva aristocracia.

No reconocemos el principio marxista que niega la necesidad de la existencia de las clases sociales y pregona su desaparecimiento; las clases sociales son indispensables y su existencia emana de la naturaleza misma. Por consiguiente, lo que debe desaparecer no son las clases sociales, sino que la explotación y esclavización de unas clases por otras.

No acepta, según esto, el Nacismo, la situación social existente hoy en Chile, de una plutocracia egoísta y corrompida, que tiene sometido a su yugo dorado al pueblo trabajador y a las clases medias. La actual sobreproposición de clases será, pues, reemplazada por una yuxtaposición de ellas, en forma de que todas, cada cual en su respectiva esfera de actividad, colaboren armónicamente al fin único del engrandecimiento nacional.

El obrero y el campesino pasarán a constituir clases sociales tan dignas como la aristocracia, con la sola diferencia de que los deberes de la aristocracia serán más rudos y difíciles de satisfacer que los de las otras clases.

Organizaremos nuestras falanges de trabajadores, libertando al obrero de sus actuales miserias morales y físicas. El pueblo trabajador, que hoy se presenta como un andrajo humano, pasará a constituir la parte más sana y más noble de la raza chilena, aquella que servirá de eterno generador de las capas sociales dirigentes.

Como ya lo he dicho, el papel más rudo dentro del Estado Nacista, recaerá sobre la aristocracia gobernante. Ella deberá sacrificarlo todo a las tareas del gobierno, en tal forma que sus altas funciones serán incompatibles con las del lucro personal. El gobernante nacista no irá a lucrar con su cargo, sino que a servir en él a la nación, con el máximo de dedicación y de espíritu de sacrificio. Todas sus actividades particulares deberá abandonarlas, para entregarse por entero al servicio colectivo

Esa aristocracia, que ya se está formando en las falanges nacistas, no será de la sangre y del dinero, sino que serán la capacidad, la honestidad y el desinterés patriótico, las medidas que regularán sus jerarquías.

Servicio del Trabajo

En el Servicio del Trabajo que deberán prestar todos los jóvenes a la edad de 18 a 20 años, se aunarán, en un común esfuerzo en beneficio de la colectividad, el hombre del pueblo y el jovencito «bien», el hijo del taller y el hijo del palacio. Todos, estrechamente unidos, laborarán en las falanges del trabajo. Allí las clases sociales se fundirán en un estrecho abrazo de confraternidad y de concordia; allí el «roto» aprenderá a conocer al «caballero» y éste a aquél, y este contacto íntimo producido en las rudas faenas del trabajo manual, acercará más sus espíritus y los llevará a una amplia y recíproca comprensión.

Nuestras falanges del trabajo así constituídas realizarán soberbias obras de progreso material. Mediante su esfuerzo surgirán puentes y caminos a lo largo del territorio, se tornarán fértiles las tierras hoy incultivadas, y toda la nación vibrará al unísono en un poderoso ritmo de labor y de pujanza. El territorio nacional volverá a cubrirse con batallones de millares de jóvenes vestidos de overol, pero éstos ya no irán armados de fusiles y ametralladoras para «balear rotos», sino que sus armas serán la pala y la azada para hacer fructificar la tierra, y la plana y el martillo para construir viviendas para esos rotos!

Dignificación moral

Por último, laborará el Nacismo por la dignificación moral del país.

Hoy los elementos de las capas más cultas y distinguidas de la sociedad, son los que más bajo han caído moralmente. Ellos se sienten conformes y satisfechos, porque existe un presupuesto equilibrado, sin pensar en las infinitas miserias morales que azotan al pueblo. Y a este respecto, afirmamos categóricamente que es la actual plutocracia chilena la que más relajada se encuentra en su moral y sus costumbres.

Moralizar, significa vivir dentro de principios de honestidad y de justicia, y es por ello que un Estado que aspire a implantar una verdadera moral entre sus gobernados, deberá siempre inspirarse en los principios del espíritu cristiano.

Se nos ha hecho el cargo de que somos sectarios, porque hemos proclamado abiertamente la defensa de la religión bajo nuestro Estado Nacista. Pero si esto hacemos, no es por espíritu de secta, sino porque tenemos la absoluta convicción de que un pueblo no puede vivir sin religión.

Fomentaremos y defenderemos, por lo tanto, la verdadera religión de Cristo en nuestra tierra. Haremos a este respecto todo lo contrario del partido conservador; alejaremos a la Iglesia de la política y reivindicaremos el espíritu cristiano para las masas. Devolveremos a la Iglesia su prestigio en el pueblo y la colocaremos ante la conciencia nacional en el pedestal de que jamás debió ser bajada.

Y dentro de este mismo espíritu, implantaremos la verdadera justicia de Cristo, porque ser cristiano no significa tanto salir en procesiones, como ser justo, comprender las miserias populares y otorgar al débil el apoyo y el amparo a que humanamente están obligados los fuertes y poderosos.

La mujer

En esta misión de reeducación espiritual del pueblo, tendrá una labor descollante la mujer chilena. Por eso la hemos incorporado a nuestras filas según resolución reciente.

Deseamos que la mujer actúe al lado nuestro, dentro de su verdadera y sublime misión social. Ella tiene, como principal deber, el de ser madre y dar hijos sanos y robustos a la patria, lo que no sólo significa tener hijos, sino saber criarlos y educarlos dentro de la tradición de sus padres, a fin de que ellos sean los portadores del alma nacional a las generaciones futuras.

Dentro de esta misma finalidad, implantaremos también el Servicio Femenino del Trabajo, para la educación especialmente de las niñas de la alta sociedad. Estas, en vez de pasar su vida en el ocio y los pasatiempos insulsos, irán a los hospitales a curar enfermos, irán de maestras a las escuelas para enseñar a los hijos del pueblo, irán a los barrios obreros como visitadoras sociales, a paliar las miserias físicas y morales de los desamparados de la fortuna.

¡La mujer nacista, será la leal y esforzada colaboradora del hombre en su gran tarea redentora!

Una invocación

He efectuado esta larga exposición, para hacer llegar hasta los chilenos que me escuchan las líneas fundamentales de la obra de reconstrucción que el Nacismo ha emprendido. Esa obra no podrá ya sernos arrancada de las manos. La hemos iniciado con enormes sacrificios y no cejaremos hasta no haberla llevado al más esplendoroso de los triunfos.

Hemos extraído del fondo de los corazones chilenos, sus últimas y mejores reservas espirituales, y con ellas hemos formado el ejército invencible del Nacismo. Ese espíritu nuestro, que se manifiesta en toda su potencia en nuestras Tropas de Asalto, no tardará en imponerse a toda la conciencia nacional. Se nos podrá perseguir, encarcelar, matar; pero lo que nunca habrán de conseguir nuestros adversarios, será des-

truir el espíritu nacista, que palpita ya en tantos millares de corazones chilenos.

Por esto hago una invocación a los actuales gobernantes chilenos y a los hombres dirigentes de los partidos políticos, para decirles que si conservan aún un resto de conciencia, una migaja siquiera de patriotismo, están en el deber de no seguir obstruyendo la marcha triunfal del Nacismo y dejar que nuestro Movimiento surja y se imponga cuanto antes en todo el país.

La misión de Chile

La América Ibera sufre, en estos momentos, en forma más ruda que nunca, la presión insolente del imperialismo yanqui, que amenaza estrangularla. Ya los chilenos podemos presenciar el cuadro doloroso de nuestro salitre, nuestro cobre, nuestra energía eléctrica y tódas nuestras principales riquezas entregadas incondicionalmente al capital norteamericano, el que terminará por absorbernos completamente, si en un enérgico esfuerzo no nos libramos de su garra opresora.

Estamos, pues, los pueblos de esta América, en la obligación imperiosa de unirnos, para defendernos de la presión imperialista. Y esta unión deberá efectuarse bajo la inspiración de Chile, que siempre ha sido la raza fuerte del Continente. Nuestro país debe reconquistar la primacía espiritual que tuvo en otros tiempos ante los países hermanos, a quienes está en el deber de señalar los derroteros para obtener la unión que todos anhelan.

Se dirá que es pretensión y vanidad que cuatro millones de hombres quieran ser los directores de todo un continente. Pero a quienes así piensan, yo les recuerdo que en el siglo pasado Chile tuvo firme y orgullosamente en sus manos la dirección espiritual de nuestra América. Y también les recuerdo a esos escépticos que el pueblo romano, constituído en sus orígenes por un puñado de hombres, pudo, sin embargo, extender su mando a todo el mundo entonces conocido, y elaborar instituciones que hasta hoy día influencian poderosamente la vida del orbe civilizado.

Al hacer esta comparación, no quiero insinuar que el pueblo chileno vaya a imponerse a sangre y fuego sobre sus hermanos de América; lo único que afirmo es que este pueblo, con su raza viril y pujante y su historia extraordinaria, tiene el derecho y el deber de volver a dirigir espiritualmente el Continente, para formar en él un férreo bloque de resistencia a toda opresión imperialista.

Y en prueba de que así lo haremos, yo os pido que en esta hora solemne, en que se inicia la etapa decisiva en la marcha de nuestro Movimiento, prestemos, una vez más, la promesa del nacista, de entregarnos por entero a luchar por la redención de la Patria:

«En el nombre de Chile, en el nombre de los que labraron el prestigio y la gloria de Chile, juro consagrarme, por entero y por siempre, a la grandeza de Chile.»

